

# **Proyecto Humanismo cristiano**

**Departamento de Humanidades**  
*Temas monográficos*

## ***LA CRISIS DE LA MODERNIDAD***

**(Munabe)**

-----



## La crisis de la Modernidad

Este trabajo se compone de

[1 - Explicación de “La crisis de la Modernidad”](#)

[2 - Resumen de “Historia de las ideas contemporáneas”, de Mariano Fazio](#)

3 - Enlace a un video del Prof. Fazio: [Las ideologías contemporáneas y su origen](#)

---

### 1 - Explicación de “La crisis de la Modernidad”

Hay dos modos de explicar el concepto de *modernidad*:

- La “modernidad” como periodo histórico inmediatamente posterior a la Edad Media
- La “Modernidad” -incluso con mayúsculas- como proyecto cultural y que llega hasta hoy. Desde el siglo XIX se puede hablar de una Modernidad *ideológica*.

Vamos a centrarnos sobre todo en la segunda acepción.

“Modernidad” es un concepto que ya aparece en el siglo XIV y que va cogiendo cuerpo a partir del Renacimiento.

La propia denominación de los periodos no es inocente: “Renacimiento” -término acuñado por Vasari- implica que la Europa anterior a él estaba “muerta” culturalmente y es ahora cuando se vuelve a recobrar el pulso civilizatorio. Similarmente, la “Edad Media” es aquel periodo difícil de denominar, casi inefable, mero puente -o más bien, discontinuidad- entre dos edades doradas: la Antigüedad y la Modernidad.

En la Edad Media el arte es “gótico”, propio de “godos”, bárbaros incultos y salvajes.

Con estos presupuestos, es fácil vislumbrar en el meollo del proyecto cultural de la Modernidad -incipiente con el Humanismo en el Renacimiento y ya maduro a partir de la Ilustración- una propuesta que promueve de alguna manera centrarse en el “más acá”, en las solas fuerzas del ser humano sin necesitar del auxilio divino, para conseguir un paraíso terrenal, una sociedad ideal en la que el ser humano viva feliz definitivamente.

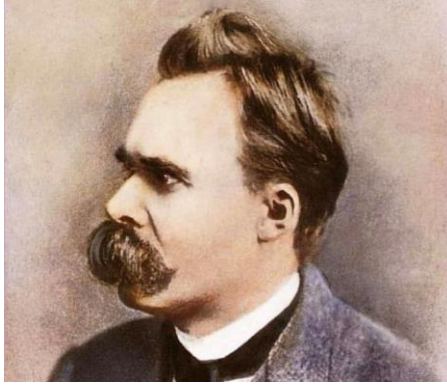
Así, D. Mariano Fazio en “Historia de las ideas contemporáneas” propone un hilo conductor para todo el periodo histórico que va desde el siglo XV hasta nuestros días: el proceso de secularización.

Y este proceso se puede entender en sentido fuerte o en sentido débil. En el primer caso, como “sana laicidad” en la que las realidades temporales-terrenas disfrutan de autonomía respecto a las realidades eternas y ello conlleva una progresiva separación de la esfera religiosa y la política; o bien en sentido fuerte, como autonomía absoluta del hombre respecto a Dios: éste pasaría a ser dueño absoluto de su destino y legislador supremo.

Haremos un brevísimo recorrido por este proceso hasta alcanzar el punto que nos ocupa, la crisis de la Modernidad. El primer jalón importante tras el Renacimiento es la Ilustración, en el siglo XVIII. Concretada en la gran síntesis kantiana -síntesis de empirismo y racionalismo- la Ilustración postula un mundo en el que el hombre, gracias fundamentalmente a la capacidad de su razón, será capaz de construir un mundo feliz donde puedan superarse todas las dificultades inherentes a la existencia humana. El hombre ya no necesita necesariamente de verdades trascendentes para regirse, le basta su razón.

El Romanticismo viene a contrapesar a comienzos del XIX este énfasis ilustrado en la razón con su apelación a los sentimientos y su exaltación de la libertad. En cualquier caso, se trata de una libertad individual sin límites, idea que recoge el liberalismo para proponer un modelo de sociedad capitalista en la que el ser humano se rige por una autonomía absoluta, sin depender de instancias superiores -trascendentes.

El último jalón es el positivismo-cientificismo del siglo XIX, fruto de los grandes logros de la ciencia experimental y su aplicación práctica, que postula un mundo libre de toda falla gracias a las conquistas de los científicos. Tampoco es necesario acogerse a instancias trascendentes, según el positivismo, pues sólo existe lo material -o primariamente- y verificable a través de la experimentación física. El positivismo rechaza así la metafísica negándose a admitir que parte de una premisa metafísica contradictoria, pues afirmar que sólo es cierto lo experimentable empíricamente no es demostrable empíricamente, es una afirmación a priori.



**Friedrich Nietzsche**

La Modernidad y el proceso de secularización aparejado -en sentido tanto fuerte como débil- quedan así configurados. Pero a fines del siglo XIX algo ocurre: comienza a extenderse un cierto desasosiego en la cultura occidental, tan segura de sí misma en apariencia - domina un mundo ya global. Es a fines del Ochocientos cuando surgen postulados que desafían algunos de los pilares de la Modernidad: Marx, Nietzsche y Freud son los abanderados de la sospecha, culmen de la Modernidad pero a la vez socavadores de la misma, pues no sólo desconfían del gran sistema cultural del cristianismo, sino de que el hombre sea

realmente libre y racional y no esté más bien gobernado por fuerzas impersonales: las fuerzas de producción, el eterno retorno o el oscuro subconsciente. Así, paradójicamente, la misma Modernidad que comenzó como un proyecto emancipador y optimista, basado en la confianza en la capacidad humana, culmina con propuestas que defienden la irracionalidad esencial de la existencia de cada persona.

Este desasosiego de la cultura de la Modernidad, esta crisis, se materializa en el drama de la Primera Guerra Mundial. La conflagración -con el hundimiento del "insumergible" *Titanic* a modo de simbólico prólogo- pone fin al esplendoroso y en general pacífico período de la *Belle Epoque*: una era de progreso científico y tecnológico sin parangón en la Historia de la Humanidad -el automóvil, el aeroplano, el motor de explosión, la bicicleta, la electricidad, el submarino, la microbiología, etc. La confianza desmesurada en el progreso humano se ve tremendamente cuestionada: ya nada volverá a ser como antes, y a la recuperación de los años 20 seguirá una gran depresión económica y una segunda guerra aún más devastadora.

Los años 50 suponen una nueva recuperación, pero la crisis de la Modernidad se va a manifestar en los 60 y 70 con la contracultura y las primeras propuestas posmodernas, que llegan hasta hoy y que darían para otro capítulo.

-----

## **Resumen de "Historia de las ideas contemporáneas", de Mariano Fazio (Rialp, 2006)**

Historia de las ideas contemporáneas.

Expondré un sencillo esquema de estas ideas contemporáneas.

Vivimos en lo que algunos filósofos e intelectuales llaman “la posmodernidad”. Podríamos decir que vivimos en la crisis de la cultura de la Modernidad.

Para entender lo que nos pasa es importante tener una visión histórica; dar un paso hacia atrás y hablar de la Modernidad. Y en particular, me quiero referir al proceso clave de la Modernidad, que es el proceso de secularización. Como toda gran palabra, la secularización tiene muchos sentidos. Aquí me quiero referir fundamentalmente a dos.

Un primer sentido podríamos identificar con la afirmación de “*la autonomía absoluta del hombre*”. La autonomía absoluta de lo mundano, de lo temporal. Manifestaciones concretas de esta secularización, por poner ejemplos evidentes, es cuando Nietzsche afirma que Dios ha muerto; o cuando Feuerbach y Marx dicen que el hombre es para el hombre el ser supremo. Sería una negación toda visión trascendente de la vida y que tendrá muchas manifestaciones a lo largo de estos siglos.

Hay un segundo sentido de la secularización, que me parece muy importante, que da una visión cristiana de la Modernidad: la Modernidad es ambigua como cualquier época del historia. Por lo tanto, la secularización entendida en sentido cristiano, la podríamos identificar como “*la autonomía relativa de lo temporal*”, como dirá el concilio Vaticano II, en particular en la Gaudium et Spes; o también podríamos definirla, con un neologismo, como desclericalización. Sé podría decir que la modernidad ha intentado sacar todas las consecuencias de la frase del mismo Señor, del Evangelio: dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios.

En una visión muy esquemática de la historia, se suele hablar de la Edad Media como un periodo cristiano y la modernidad como un periodo anti-cristiano. Con esta distinción entre los dos sentidos de la secularización, podríamos decir que por un lado la Edad Media es más cristiana que la Modernidad, porque da pie a una visión trascendente de la historia; porque la fe se encarnó en instituciones: pensemos en que la Caridad se encarna en los hospitales; el deseo de conocer, propio del cristianismo, dará lugar a la creación de las universidades. En este sentido sí es más cristiano el Medioevo. Sin embargo, notamos una confusión entre el poder político y el poder temporal: una clericalización (el clericalismo no es cristianismo: es la confusión entre los órdenes natural y sobrenatural, iglesia y estado, política y religión). Desde este segundo punto de vista, se puede afirmar que la secularización, entendida como autonomía de lo temporal, hace de la Modernidad algo más cristiano que el Medioevo.



Bestias fantásticas que aparecían en los libros de ciencia natural del Medioevo

Dejemos el Medioevo y este segundo aspecto que hemos contemplado de lo positivo de la secularización (la sana laicidad, en palabras de Benedicto XVI), para centrarnos en el aspecto más evidente: la secularización en sentido fuerte. Hay dos grandes matrices en la cultura contemporánea; dos corrientes culturales que configuran el modo de pensar de la actualidad: la Ilustración y el Romanticismo. Podríamos afirmar que

todos somos hijos de la Ilustración y del Romanticismo. Cuando pensamos que con la tecnología podremos resolver todos los problemas de la humanidad; que la ciencia lleva a la salvación, somos hijos de la Ilustración. Cuando buscamos emociones fuertes; cuando queremos experimentarlo todo; cuando nos dejamos llevar por los sentimientos, por el corazón sin la guía, de la razón, somos hijos de Romanticismo. En la cultura contemporánea se hacen convivir estos dos aspectos.

Tanto la Ilustración como el Romanticismo se caracterizan por un elemento veremos más adelante a lo largo de los siglos. La Ilustración y el Romanticismo comparten un mecanismo de absolutización de lo relativo. La ilustración pone como centro de la consideración del hombre y del mundo: la razón. En un breve opúsculo de Kant llamado ¿qué es la Ilustración?, da una definición: la ilustración es la salida del periodo de infancia de la humanidad. Los niños habitualmente obedecen; obedecen a los padres, a las autoridades, a unas tradiciones; es hora de liberarnos de todo eso y pensar por cuenta propia. Kant dirá que el lema de la Ilustración es *sapere aude* «atrévete a saber»; piensa por ti mismo. Un mensaje muy positivo, porque tenemos que pensar por nosotros mismos.

El problema se encuentra en la absolutización de lo relativo. Los ilustrados toman una razón muy específica: la razón científica. Es conocimiento aquello que está basado en la experimentación; todo lo demás, todo otro conocimiento que nos venga por la fe y la tradición es una mera opinión, leyenda o mito; es propio de personas poco inteligentes. En la Ilustración (siglo XVIII), época muy racionalista, se decía que era propio de mujeres y de niños.

Se ve el reduccionismo de la Ilustración, porque el conocimiento humano tiene otras muchas fuentes además del conocimiento científico. En particular la fe. Juan Pablo II en la encíclica *Fides et ratio*, decía que la fe y la razón son alas que tenemos para volar, para volar hacia la verdad. Juan Pablo II subraya que no se refiere sólo a la fe sobrenatural por la que creo en la santísima Trinidad, sino a la fe en el testimonio de los demás: que existió Napoleón Bonaparte lo creemos. Pero cosas más importantes: que somos hijos de nuestros padres; si no hacemos una experimentación del ADN para comprobarlo experimentalmente, simplemente creemos en algo que nos parece bastante evidente.



Pintura de Charles Gabriel que representa la lectura de una obra de Voltaire

Hace muy bien la Ilustración en subrayar el papel de la razón, pero lamentable empobreció la visión del hombre con esta razón meramente científica; hace falta una razón ampliada como decía Benedicto XVI.

Los románticos que vienen inmediatamente después de los ilustrados (suele pasar historia que cuando se exagera una posición surge un movimiento opuesto que exagerar la posición contraria) dijeron que los

ilustrados habían dejado un mundo frío, un mundo limitado ya que la razón tiene sus

límites; los románticos dirán que la persona humana es fundamentalmente corazón, sentimientos. Es evidente que son importantes los sentimientos y el corazón, una persona sin corazón no es una persona humana, pero al mismo tiempo una persona sin razón tampoco lo es. Hay que llegar a una simbiosis, a una armonía entre el corazón y la razón.

Estos son los dos grandes movimientos que crean la cultura contemporánea; y de estos dos grandes movimientos surge lo que en los siglos XIX y XX podríamos llamar la Modernidad *ideológica*. ¿Qué es una ideología? Una ideología es una visión del mundo que tiende a ser muy esquemática, que tiende a explicarlo todo y que tiene un elemento utópico: promete la felicidad en esta vida, es una escatología secularizada: se promete la felicidad en este mundo y no en un futuro que quizá no exista.

Característica fundamental de las ideologías, repitiendo a la Ilustración y al Romanticismo, es tomar un elemento de la realidad y hacer un absoluto: el hombre, la mujer no es otra cosa que..., y nos encontramos con las grandes ideologías contemporáneas. Podemos comenzar con el liberalismo, aunque es más propio hablar de liberalismos. El liberalismo es muy difícil de definir; existe un liberalismo político, un liberalismo económico, otro cultural. A la pregunta ¿un católico puede ser liberal?, la respuesta clara y rotunda es “depende”; depende de lo que se entienda por liberalismo. Si es pensar en la separación de poderes, elecciones periódicas, no hay ningún problema. Si se considera que la verdad la hacemos a mano alzada, entonces sí hay problemas entre la cosmovisión católica y la liberal.

El valor que se absolutiza en el liberalismo es la libertad. La libertad es fundamental y buena; sin libertad no se puede amar, pero nos hemos de dar cuenta que es una libertad creatural, con límites, orientada hacia el fin último, hacia el amor de Dios. El liberalismo se queda en una libertad intramundana, sobre todo en una libertad de elección, de no presión desde el exterior.

No se equivoca el liberalismo en decir que la libertad es muy importante; se equivoca en convertir la libertad en un absoluto, sin ver todas las limitaciones que tenemos. El liberalismo que estaba plenamente vigente

La segunda ideología que también surge históricamente en la modernidad es el nacionalismo. El nacionalismo es la absolutización de un elemento fundamental de la naturaleza humana, que es nuestra identidad cultural: somos personas situadas, estamos situados temporal y espacialmente. La identidad cultural no lo resuelve todo, porque entre personas con la misma identidad cultural puede haber ideas muy distintas. El nacionalismo tiende a crear un mundo cerrado, un mundo donde falta oxígeno. Es una visión egoísta en donde no entran las necesidades de las demás culturas y perdemos la riqueza de la diversidad cultural, otra cosa es el patriotismo, que es una virtud cristiana y humana

El nacionalismo se ha manifestado en la Primera y Segunda Guerra Mundial. Hay un nacionalismo racista; se manifiesta en América latina en un indigenismo exacerbado; son los problemas tribales que encontramos en África. También el nacionalismo se encuentra muy extendido en nuestros días. Siempre el nacionalismo traerá problemas a la Iglesia Católica que es una iglesia universal.

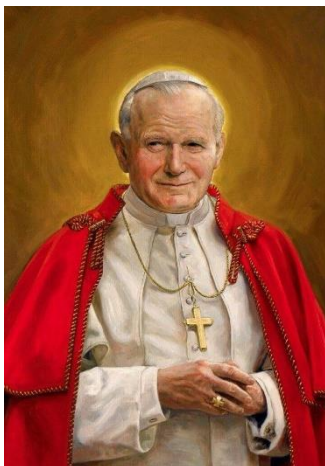
Marxismos, socialismos parten de otro elemento importante de la vida humana que son absolutizados: los condicionamientos económicos. El gran problema del Marxismo es la visión materialista de la vida. Sería erróneo pensar que la economía no tiene importancia. Tiene mucha importancia y nos condiciona ya que somos seres materiales: hay gente que está pasándolo mal económicamente y muere de hambre, sin embargo no lo explica todo. Explicar a la Madre Teresa de Calcuta a partir de categorías marxistas, que está determinado por estructuras económicas, no tendría sentido, como infinidad de actividades que realizará el hombre.

La última ideología es el positivismo, hijo de la Ilustración. Hay que dejar de lado la fe sobrenatural, la metafísica medieval y dejarse guiar sólo por la ciencia o por la ciencia aplicada, que es la tecnología. Llegará un momento en que por la ciencia podremos resolver todos los problemas. Hoy el positivismo tiene el nombre de post humanismo, trans humanismo, pero que realmente es un anti humanismo porque se quiere superar a la naturaleza humana manipulándola, haciéndola perder todo sentido trascendente de la vida.

Decíamos que un elemento característico de todas las ideologías es un elemento importante de la naturaleza humana que se absolutiza. Y, el segundo elemento es la visión utópica, la escatología: lo que me prometen. Si elimino la propiedad privada tendré el paraíso comunista sin clases; si dejo libre la ley de la oferta y de la demanda llegará el momento en que todos seremos ricos y felices; si mi nación, mi cultura triunfa, nacerá un periodo de oro para la humanidad, al menos para mi cultura; si dejamos la visión trascendente y nos centramos en la ciencia, podremos resolver los problemas de la humanidad y se inaugurará esta tierra un periodo de felicidad.

1899, acabó el siglo XIX con gran entusiasmo y esperanza. Pero el siglo XX se abre con la Primera Guerra Mundial y pocos años más tarde la Segunda Guerra Mundial. Esto define la crisis de la cultura de la Modernidad. ¿Qué nos ha pasado? Se preguntan todos los intelectuales, ya que pensábamos que íbamos a llegar al paraíso; paraíso socialista, positivista, nacionalista, liberal. Y nos encontramos con los desastres de millones de personas muertas, genocidios, violencia, hambre como consecuencia de las guerras, etc.

Ante la pregunta de qué nos ha pasado, se dan tres grandes respuestas que están permeando la cultura contemporánea.



*San Juan Pablo II*

Una primera respuesta es la que da el pensamiento abierto a la trascendencia: el pensamiento cristiano, católico (San Juan Pablo II y la doctrina de Benedicto XVI, la antropología del concilio Vaticano II), el pensamiento judío, Emmanuel Lévinas, Martin Buber, la filosofía del diálogo y otros pensadores que coinciden en la necesidad de volver a una visión completa, integral, de la persona humana. Poniendo una etiqueta fácil se podría decir: el personalismo. Nos hemos equivocado porque hemos tomado solamente una parte de la naturaleza humana, la hemos absolutizado y hemos dejado de lado todo lo demás. Este pensamiento sigue plenamente vivo y es el que los cristianos y la gente buena voluntad hemos de procurar que dé muchos frutos en este mundo contemporáneo.



Una segunda respuesta la dan las ideologías mismas que reconocen que se han equivocado pero por qué no ha llegado hasta las últimas consecuencias del pensamiento ideológico, y un Marxismo más o menos romántico del siglo XIX se transforma en un Lenin, Stalin y Mao Tse Tung, con los genocidios consecuentes; un nacionalismo más moderado del siglo XIX se transforma en un fascismo con la idolatría del Estado y sobre todo, con el racismo del nacionalsocialismo de Hitler que ha causado tantas tragedias en el siglo pasado.

Una tercera respuesta es la que da el relativismo: vivimos en lo que Benedicto XVI llamaba dictadura del relativismo. Afirma el relativismo que nos hemos equivocado porque pensábamos que podíamos conocer la verdad, podíamos tener una visión completa de la naturaleza humana y de la historia de la humanidad; las ideologías son pensamiento fuerte porque me dan respuesta a todo, aunque sean respuestas muy limitadas o parciales. Lo que hay que hacer es aceptar la limitación intrínseca del conocimiento humano: puede ser que exista una verdad objetiva que nos alcanzó a conocer, o puede que exista. Es el pensamiento débil. Todo lo que llamamos la posmodernidad gira en torno a esta imposibilidad de conocer la verdad, y por lo tanto conforme vamos con verdades mínimas, y tratemos de convivir de la mejor manera posible. El problema es que falta una base, ha de haber un consenso para el diálogo en la sociedad. Esto trae como consecuencia manifestaciones concretas del relativismo: toda la cultura de la muerte (la llamaré Juan Pablo II), el desprecio de la vida humana, el desprecio por los más débiles, los más necesitados (idea que tanto subraya el papa Francisco).

Detrás de las dos últimas respuestas se encuentra la sombra de Nietzsche. Es el filósofo más importante de la modernidad: Dios ha muerto. Dice Nietzsche que el sentido de la vida desde los griegos hasta el ha sido un sentido trascendente de la existencia. Al afirmar que Dios *ha muerto*, el sentido trascendente de la vida ya no existe. Se establece el nihilismo: no hay ningún valor (nihil=nada). Nietzsche no es nihilista, hay que superar el nihilismo y surge el *superhombre*, la voluntad de poder. Detrás de Mussolini y Hitler estaba la sombra de Nietzsche.

Hoy vivimos con un Nietzsche a mitad. Aquel que afirma la muerte de Dios, pero ese Dios no ha sido sustituido por nada, simplemente verdades muy ordinarias, muy vulgares: una necesidad de dialogar pero sin una base seria.

Quiénes creemos que el hombre puede conocer la verdad, tenemos un gran desafío. El hombre puede conocer la verdad, no de forma absoluta, pero puede conocer verdades que realmente pueden orientar la vida.

Una última referencia a San Juan Pablo II y su trilogía de las encíclicas sobre la verdad. En primer lugar, la verdad puede ser conocida: *Fides et ratio*. La verdad puede ser vivida: *Veritatis splendor*. La verdad puede ser transmitida: *Redemptoris missio*. Hoy en día quienes hablan de la verdad, de la capacidad de la razón son los papas, que en el siglo XIX tenían que defenderse del racionalismo.